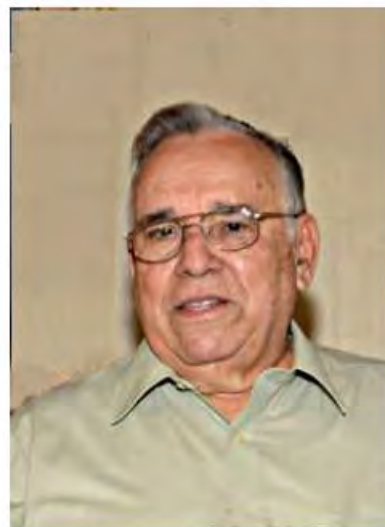


GEOGRAFÍA

Editor Jaime Incer Barquero

incerjaime@gmail.com

Geografía e Historia son complementarias; por ellos muchas universidades tienen facultades de **"Geografía e Historia"** bajo el mismo rector. Por esa misma razón tenemos una Academia de Geografía e Historia de Nicaragua. La publicación en 1964 de la *Geografía de Nicaragua* (Terán, Francisco, y Jaime Incer Barquero. Managua: Banco Central de Nicaragua, 1964), marcó un hito en nuestros conocimientos geográficos. Fue la primera geografía realmente científica que se publicó en el país.

**Jaime Incer Barquero.**

La Geografía juega un papel importante por los recursos naturales y la valoración social, económica y cultural de sus diferentes regiones. En ninguna otra sección de la Revista se puede valorar y sopesar la importancia de los 153 municipios, y las dos regiones autónomas. La geografía estudia la superficie de Nicaragua, las sociedades que la habitan y los territorios, paisajes, lugares o regiones, que la forman al relacionarse entre sí.

Publicaremos en esta sección ensayos geográficos. Del libro *Viajes, Rutas y Encuentros 1502-1838* publicaremos: Capítulo IV. Etno-geografía de la región conquistada, pp. 87-117; Capítulo X Misioneros en la boca de la montaña, que trata sobre las misiones franciscanas en la Taguzgalpa y Tologalpa a principios del siglo XVII. Capítulo XIV. Inventario de los pueblos a mitad del siglo XVIII, pp. 403-434; Capítulo XVII. Reconocimiento oficial de la Costa de los Mosquitos, pp. 489-512; Capítulo XIX. Viajeros y pueblos en la época post-independiente, pp. 543-562.

Igualmente podemos incluir en la revista las "Toponimias Indígenas de Nicaragua", versión que actualmente estamos revisando, ampliando y actualizando, habiendo concluido la sección correspondiente a las toponimias mexicanas, acompañada con mejores mapas; sección que vamos a reproducir una vez publicada toda la obra, según espero en unos tres meses. Espero revisar y concluir la sección que corresponde a las toponimias ulúa-matagalpas y sumus- mayangnas, quedando pendientes las toponimias miskitas para principios

del año entrante y las pocas que he logrado identificar sobre los Rama y Guatusos.

Hace pocos días la Academia de Geografía e Historia, con el apoyo del Gran Ducado de Luxemburgo, dio a conocer el libro de Eduard Conzemius: **“Estudio Etnográfico de los Miskitos y Sumus de Honduras y Nicaragua”**, para conmemorar los 100 años de la visita de su autor a la Mosquitia. Esta obra es una traducción mía, tras ser descubierta y extraída de un boletín póstumo de la Smithsonian, institución donde en 1988 estuve realizando información sobre todas las erupciones volcánicas registradas en Centroamérica, a partir de la conquista hasta 1924.

El libro de Conzemius fue publicado por Libro Libre, de Xavier Zavala, el cual no pudo divulgarse en Nicaragua en aquellos años sandinistas opuestos a la orientación política de esa editorial. Posteriormente fue reproducida y mejor editada por la Colección Cultural de la Fundación Uno, que por alguna razón no fue ampliamente divulgada, sino hasta esta fecha gracias al respaldo y apoyo de Luxemburgo.

Esta obra pionera podía ser publicada y divulgada por la Revista cuando así lo consideres. Desafortunadamente la Fundación Uno vendió toda la colección existente al Banco Central, sin indagar su destino. El Banco la embodegó en el sótano de sus oficinas en León, sin que conozcamos a la fecha sus destinatarios finales. ■

Etno-geografía de la región conquistada

Jaime Incer Barquero

Reproducido de Incer, Jaime, *Viajes, Rutas y Encuentros (1502-1838)*, páginas 87-117, capítulo IV, 1ra. edición. San José, C. R.: Asociación Libro Libre, 1989. Con autorización escrita del autor.

—Los pobladores nativos de la región. —Provincias indígenas. Sus orígenes, lenguas, organización, costumbres, creencias y artes. —Los recursos naturales del territorio. —Reducción de la población aborigen. —Efectos de la conquista.

Antes de proseguir con la historia de las exploraciones y descubrimientos en Nicaragua se hace necesario abrir un paréntesis para presentar y describir el escenario etno—geográfico, (la tierra y sus pobladores originales), donde irrumpieron los conquistadores españoles en forma intempestiva y considerar, además, las consecuencias inmediatas que resultaron del encuentro de dos culturas, tan distantes entre sí en el espacio y tan distintas en el tiempo.

Lo que pasó en Nicaragua durante la conquista no fue sino una repetición de lo sucedido en la isla Española y en el istmo de Panamá: la tierra fue rebuscada por el oro que podía encerrar y la población nativa sometida, como sierva o esclava, para asegurar la sobrevivencia biológica y económica de los nuevos amos.

Al desintegrar el modelo cultural de los indígenas en los aspectos social, económico y religioso, (que en Mesoamérica había avanzado hasta entonces a niveles y conceptos más sofisticados que en la isla Española o en Panamá), los conquistadores destruyeron la relación de armonía que existía entre los indígenas y sus ambientes naturales, que en el caso de Nicaragua era básica para la sobrevivencia de todos, los pobladores aborígenes y los recién llegados. Por otra parte, las fuentes de oro resultaron no muy accesibles ni tan productivas como para saciar la codicia de los conquistadores. Una vez escanciado el botín y ante la perspectiva del hambre, algunos de aquellos primeros invasores fueron desertando el país hacia lugares más promisorios, no sin antes dejar tras sus huellas una imborrable estela de muertes y despojos.

Figura 8.- Estelas precolombinas de probable origen chorotega, dibujadas por el explorador Squier en la isla Zapatera a mediados del siglo pasado. En primer plano una estatua coronada con una serpiente como alter ego.

Los indígenas de la región del Pacífico de Nicaragua, por otra parte, no constituían una sociedad tan monolítica como los Aztecas, u organizada como los Incas. Aunque estaban agrupados en pequeños señoríos o cacicazgos continuos vivían políticamente desunidos y fragmentados por rivalidades y disputas. Al momento de confrontar a los españoles, algunos se sometieron a los invasores sin oposición, otros se rebelaron o dieron batalla hasta caer vencidos y unos terceros escaparon a las montañas vecinas.

No obstante la audacia y valentía con que fue emprendida la conquista, o la inspiración religiosa a la que parecía obedecer, estaba cargada de los vicios del autoritarismo feudal con una rara mezcla de hidalguía y de ambiciones personales. Los capitanes conquistadores lucharon entre sí disputándose posesiones demasiado vastas para poder retener, o por adquirir títulos y posiciones que en España no lograrían disfrutar. En Nicaragua, los actores hicieron más cruda la tarea de la conquista. El mérito atribuido a Francisco Hernández de Córdoba por sus actos fundacionales ha hecho olvidar el filo de su espada, para no mencionar los abusos y crueldades de Pedrarias, Salcedo, Castañeda y Contreras, primeros y nefastos gobernadores del país. En sus ambiciones no siempre atendieron los mandatos de la corona, tan alejada de sus jurisdicciones; así que impusieron su propia férula y trágica impronta en la historia del país como régulos caprichosos de horca y cuchillo.

Excusados como vicios de la época, todos aquellos hechos dejaron trillado el camino de la futura Nicaragua con acciones de violencia y de dominio, que han contribuido a cambiarla imagen pintoresca de un país de apacibles lagos y dilatadas llanuras en un territorio preñado de ardores y temblores como las entrañas de sus propios volcanes.

LOS POBLADORES PREHISPÁNICOS EN LA REGIÓN DEL PACÍFICO

Cuando los españoles entraron a Nicaragua, en 1523 y 1524, encontraron a varios grupos indígenas que se distinguían por sus lenguas y costumbres principalmente, no obstante sus semejanzas en el esquema de organización social y actividad económica. La cultura de Mesoamérica se había extendido desde México hasta la región de los lagos y el golfo de Nicoya. Fue llevada al sur por pueblos migratorios que escaparon de los grandes cambios de poder que tuvieron lugar en la meseta del Anáhuac entre los siglos VII y XII de la Era Cristiana, después del desvanecimiento de Teotihuacán y de la caída de Tula.

De acuerdo con las evidencias salidas a luz sobre el tema, fueron los Chorotegas o Mangues los primeros en arribar. Originarios de Cholula habían sido desalojados del centro de México hacia las sierras de Chiapas donde, también sojuzgados, optaron por continuar el éxodo hasta ubicarse finalmente en el territorio comprendido entre los golfos de Fonseca y Nicoya, alrededor del año 800 D.C.

Al ocupar las planicies junto a los lagos de Nicaragua, los Chorotegas expulsaron a su vez a otras tribus previamente asentadas en el lugar como los llamados Chontales, que fueron empujados hacia las mesetas centrales del país, y a los Corobicíes que encontraron refugio en la cordillera volcánica de Guanacaste. La lengua de los Chorotegas era del tronco Oto-Mangue; algunos nombres aplicados a sus localidades geográficas son similares en Chiapas y en Nicaragua.¹

Procedentes también de México arribaron, unos 400 años después, los Pipil-Nicaraos, que hablaban el náhuatl primitivo o náhuatl. Se establecieron en el actual istmo de Rivas luego de imponerse a los Chorotegas. Una segunda migración — de clara influencia tolteca— ocupó la planicie de Managua. Finalmente, un siglo antes de la llegada de los españoles, un tercer grupo de náhuas mexicanos, que había padecido de cuatro años de sequía, parece arribó por mar; tomó asiento en el área de Chinandega y fundó varios pueblos cuya gente fue conocida **genéricamente como Nahuatlato o "intérpretes"**.²

Debido a la inserción de todos estos nuevos invasores, la antigua población chorotega quedó fragmentada en cuatro partes desconectadas entre sí: los Cholutecas junto al golfo de Fonseca; los Nagrandanos en la planicie de León; los Dirianes en los alrededores de las lagunas de Masaya y Apoyo, y los Orotinas al contorno del golfo de Nicoya.

La primacía de los Nicaraos y otros grupos de idioma similar sobre los Chorotegas quedó evidenciada cuando los españoles escogieron el náhuatl como lengua franca, para poder entenderse con los indígenas y facilitar su evangelización.

Una tercera tribu, los Maribios, hizo su enclave en la vecindad de la actual ciudad de León, con poblaciones tales como Subtiava, Quezalguaque, Posoltega, Telica. Los Maribios hablaban la lengua Tlapaneca-Yopi del oeste de México, la

¹ Una etimología frecuente en la Sierra Madre de Chiapas es el prefijo *nanda* que significa 'arroyo', que aparece en lugares como Nandalumí, Nandayujú, Nandabuá, etc. En Nicaragua figura en Nandaime, Nandayosi, Nandarola y Nandasmó.

² Sobre las migraciones procedentes de México véase Torquemada (FPCBA, Serie 2. p. 107-110). Una interpretación más actualizada sobre el tema aparece en Toponimias Indígenas de Nicaragua. p. 353-382, del autor.

cual persistió hasta principios del presente siglo entre los indígenas del pueblo de Subtiava, sus descendientes actuales.

PROVINCIAS INDÍGENAS DEL CORREDOR VOLCANO-LACUSTRE

Los grupos indígenas que habitaban la región comprendida entre los lagos y volcanes, por una parte, y la costa del Pacífico, por la otra, estaban organizados en cacicazgos que los españoles llamaron provincias. Cada una de estas unidades territoriales comprendía a su vez una serie de pueblos o comunidades nativas denominadas galpones, (palabra que indudablemente deriva de "calpules", barrios o vecindarios), que los hispanos por su parte bautizaron como plazas. Las comunidades chorotegas estaban gobernadas por un consejo de ancianos, o Huehues; las de habla náhuatl, en cambio, por un cacique o Teyte. Los españoles aprobaron este último sistema porque era más fácil entenderse con una cabeza que con varias, confirmando en su posición a los caciques y estableciendo los tales entre los Chorotegas. En ambos casos se valían de la influencia de los jefes indios para garantizarla obediencia y sumisión de los respectivos pueblos y transmitirles sus órdenes.

Es posible reconstruir la división territorial de la Nicaragua prehispánica basándose en las descripciones de los cronistas, en los repartimientos o "encomiendas" con que los españoles se distribuyeron a los indígenas por derecho de conquista, así como por la delimitación de los ejidos que durante el período colonial les fueron reconocidos a las varias comunidades indígenas y que actualmente conforman las más antiguas municipios en los modernos departamentos de la región del Pacífico.

Fernández de Oviedo se refiere a las provincias indígenas y señala que estaban contiguas las más de ellas, abarcando cada cual unas pocas leguas de extensión. Informa también que los límites eran señalados en mapas, dibujados en cueros de venado, para ser consultados al tiempo de las disputas territoriales. Mojones de piedra—algunos con inscripciones rupestres— servían para la demarcación sobre el terreno, hitos muy convenientes en aquellas planicies de horizontes abiertos.

Al ubicar los varios pueblos indígenas en los mapas modernos, salta a la vista que las provincias estaban dispuestas a lo largo de un corredor geográfico, de unas tres o cuatro leguas de anchura, que se extendía entre los golfos de Nicoya y Fonseca, junto a la costa de los lagos y al pie de los volcanes. El uso del agua y de buenos suelos eran vitales para mantener aquella elevada concentración de pueblos en una región donde las lluvias faltaban por seis meses y el terreno requería el abono ocasional de cenizas volcánicas. Las aguas de lagos y lagunas compensaban con creces la escasez de corrientes permanentes en aquellos suelos

porosos, e influían notablemente en la densidad de la población aborigen asentada en la región.

La siguiente es una descripción sumaria de las provincias en el corredor volcánico–lacustre de la antigua Nicaragua. La poca o ninguna mención en las crónicas del siglo XVI referentes a otros pueblos situados fuera del corredor, es indicativa de una más espaciada población, con menores oportunidades en el aprovechamiento de los recursos naturales esenciales a la sobrevivencia de la economía indígena de la época, como en efecto la geografía parece indicarlo. Asumiendo setecientos mil y pico como la cifra más baja de la población al momento de la conquista —según estimación del cronista Oviedo— y otras consideraciones expuestas adelante, se presentan valores tentativos para cada una de las provincias descritas a continuación:

Nicoya (70,000 habitantes). Comprendía los pueblos de habla mangué alrededor del golfo del mismo nombre, siendo los principales Chorotega, Chomes, Orotina, Chira, Pocosí, Canjen, Diriá y Nicoya, esta última residencia del cacique principal. La cerámica, textilera y la pesca eran las más importantes fuentes económicas de la provincia. Entre los pueblos de Nicoya y Nicaragua existía alguna gente dispersa de la lengua corobicí. El lapso de 35 leguas que las separaba era tierra poco fértil e inculta, de tal manera que los que viajaban del primer pueblo al segundo se aprovisionaban en Nicoya antes de seguir adelante.

Nicaragua (100,000). Era el señorío principal de los Náhuas. Se extendía a lo largo del lago Cocibolca, entre los ríos Sapoá y Ochomogo. La plaza principal era Quauhcapolca, donde residía el cacique Nicaragua. Las cenizas del volcán Omeyatecuhua (Concepción), y el paso de los vientos húmedos sobre el lago favorecían una rica agricultura, siendo el cultivo del cacao especialmente atendido y monopolizado por los Nicaraos; éstos utilizaban la semilla molida para bebida, y seca como moneda.³

Nochart (50,000). La formaban varios pueblos de filiación chorotega, ubicados entre el río Ochomogo y el volcán Mombacho, siendo los principales Nandapia, Nandaime, Morati y Mombacho, éste último destruido después de la conquista por una avalancha procedente del volcán. La provincia poseía buenos suelos volcánico–aluviales, con algunos ríos de corriente permanente. La isla Xomotename (hoy Zapatera), en el lago de Nicaragua, constituía un gran centro ceremonial a juzgar por la impresionante estatuaria e inscripciones rupestres que en ella se descubrieron.⁴

³ Quauhcapoka es mencionada por Torquemada. Nicaraocalli es una artificiosa invención de algunos historiadores.

⁴ El origen de la imponente estatuaria de Zapatera y Ometepe no ha sido clarificado, pero se sospecha que las estelas son anteriores a la llegada de los Nicaraos, es decir previas al siglo XII D.C.

Nequecherí (50,000). Poblada también por Chorotegas que vivían entre la laguna de Apoyo y el lago Cocibolca. Sus principales poblaciones eran Diriomo, Diriá y Jalteva. Junto a la última se fundó Granada. Los indígenas ofrecieron siempre resistencia a la penetración española, que se originó con la oposición de Diriangén al avance de Gil González. En la angostura de La Fuente, (paso occidental del Mombacho), emboscaron sin resultado a la tropa de Hernández de Córdoba, según tradición recogida en Granada por el geógrafo Pablo Lévy en el siglo pasado.

Masaya (100,000). Una de las provincias chorotegas más pobladas según Oviedo, con numerosos pueblos alrededor de la laguna de Lenderí, (hoy de Masaya), única fuente de agua por varias leguas a la redonda. De ella se abastecían los indígenas, salvando los farallones que la confinan, por medio de "bajaderos" cortados en la pared rocosa, los que todavía se utilizan. Las principales poblaciones eran Nindirí, (donde residía el cacique Nacatime, informador de Oviedo), Masaya, Mombazima (Monimbó), Namotiva (Catarina), Marinalte (San Juan), Niquinohomo y Matapalete (Masatepe). El culto a la diosa del volcán Masaya, con ofrendas y sacrificios humanos, dominaba su religión.

Managua (70,000). Se extendía esta provincia a lo largo de la costa sur del lago Xolotlán, "[...] como sogá al luengo de la laguna", según Oviedo. Su jurisdicción comprendía desde Chiltepe hasta Tipitapa, lugar éste donde residía el cacique. Se hablaba el náhuatl según el cronista Antonio de Ciudad Real y se rendía culto a Quetzalcóatl. En los alrededores existen varias lagunas—cráteres que eran consideradas como recintos sagrados por los indígenas, guardadas por lagartos introducidos en sus aguas para que no fueran profanadas. Poseía además numerosas huertas, aprovechando la humedad permanente junto a la costa del lago, de donde también se extraía buena pesca.⁵

Nagrando o *Nagarando* (100,000). Era otra de las provincias chorotegas muy pobladas, situada en el extremo occidental del lago Xolotlán. Sus principales pueblos eran Matiari (Mateare), Nagarando (Nagarote), Ariat, Mabitapomo, Diriondo, Imabita, (junto a la que se fundó León), y Mahometombo (Momotombo). Esta provincia fue la primera en sufrir el gran despoblamiento que siguió a la conquista, por estar a la mano de los vecinos de León. Los indígenas de Mateare se rebelaron una vez, (durante el interinato de Martín Estete, en 1527), y amenazaron con asaltar a la población española. La provincia era fértil gracias a

⁵ Managua era una población náhuatl, como lo afirma el cronista Antonio de Ciudad Real, no chorotega como equivocadamente sostiene Oviedo. Así lo confirman los nombres de ene lagunas y otros accidentes geográficos que la rodean.

las cenizas arrojadas con frecuencia por el volcán Momotombo, mientras el lago proveía de excelente agua y abundante pesca.

Maribios (100,000). Comprendía la rica región al sur de los volcanes Telica, Apastepe (Casita), y Tepemesquián (San Cristóbal). Estaba habitada por una tribu especial llamada Maribios, con lengua y costumbres propias. Practicaban el rito del tlacaxipehualixtli, sacrificio por desollamiento y revestidura con la piel de las víctimas. Los Maribios procedían de los Tlapanecas, (en el actual estado de Guerrero, México), y llegaron a Nicaragua siguiendo los pasos de los Chorotegas. Sus principales poblaciones eran Mazatega, Chichigalpa, Posoltega, Miaguagalpa, Cindega, Telica, Abangasca y Subtiava, que se abastecían de cortos ríos y fuentes. También eran Maribios algunos grupos dispersos en la región de Condega, Palacagüina y Telpaneca. El cronista Oviedo refiere que una parte de la gente fue a fundar la población de Maribichicoa, a 30 leguas de León, junto al río Guatahiguala, en una época de gran sequía y hambre que tuvo lugar poco antes de la llegada de los españoles.⁶

Tezoatega o *Tzoatega* (70,000). Era una fértil provincia náhuatl, ubicada al pie del volcán San Cristóbal, en medio de bosques y ríos. Sus más importantes plazas eran Tzoatega (El Viejo), Chinandega, Gaulteveo, Tosta, Tepustega, Ayatega, y Guazama (Sasama). El cacique Agateyte, alias "el Viejo", sobrevivió la conquista; al tiempo que lo visitara Oviedo retenía más de 20 mil vasallos. Los Nahuatlato de Tzoatega navegaban el Estero Real y el Golfo de Fonseca; mantenían relaciones comerciales con los Ulúas y Pipiles de El Salvador, al otro lado del golfo.⁷

Mistega (50,000). La última provincia de los nahuatlato, muy rica y codiciada por los encomenderos españoles. Entre sus pueblos estaban los siguientes: Cozcattega, Chamologalpa, Tepegua, Escologalpa, Estanzingo, Otagalpanega, Astaconzi, Quetzaltotot, Coalzome, etc. Por su vecindad al puerto de La Posesión (El Realejo), gran parte de su población fue embarcada como esclava para ser vendida en Panamá y Perú, al extremo de haber quedado esta provincia desolada por completo en los primeros años de la conquista.

LAS PROVINCIAS MARGINALES

⁶ Según el lingüista Walter Lehmann, el nombre correcto es Guatajiagua, localidad al noreste de El Salvador, en el antiguo territorio Itona. De acuerdo con Oviedo, sin embargo Maribichicoa estaba en la provincia de Nicaragua, en una región de minas a 30 leguas de León, posiblemente en la región de El Júcaro y el río Coco.

⁷ Tal como puede deducirse de los itinerarios que siguieron los frailes Alonso Ponce y Antonio Vázquez de Espinosa.

Extrañamente los documentos del tiempo de la conquista no hacen mención directa de las sierras de Managua y la adyacente meseta de Carazo, donde hoy prosperan las ciudades de Jinotepe y Diriamba y se encuentran varias localidades que comparten nombres náhuas y chorotegas. Es probable que la falta de corrientes de agua permanente, el clima algo templado y los espesos bosques que guardaban esas alturas fueran la causa de su población escasa. El carácter silvestre de la misma, sin embargo, fue utilizado como refugio por algunos Chorotegas que escaparon de la conquista española, según se deduce de la primera carta que el licenciado Francisco Castañeda, escribiera al rey de España en 1529:

*«En unas sierras cerca desta cibdad e de la cibdad de Granada andan cantidad de yndios levantados que no quieren servir ni obedecer, el governador Pedrarias como buen servidor de vuestra magestad provee en que vayan a sojuzgarlos, tiene proveydo que vaya un capitán a ello».*⁸

Otra región poco mencionada es la faja litoral que se extiende entre San Juan del Sur y la ensenada de El Tamarindo, sitio este último donde Castañeda, una vez gobernador, quiso fundar un puerto (Maniazi), que estuviera más cercano a León que el de La Posesión.

Los indios del corredor volcánico—lacustre solían hacer incursiones al litoral del Pacífico para recolectar conchas, ostiones, múrices, crustáceos, anguilas y peces comestibles, aunque el mar no ofrecía la misma seguridad a sus frágiles botes o acales como la brindada por las aguas interiores. No obstante, en esa franja costera persisten actualmente numerosas localidades con nombres en náhuatl que sugieren la existencia de un corredor de comunicación entre los Nahuatlato y los Nicaraos. En efecto, dicha franja deja al lado los territorios poblados por Chorotegas, considerados antes de la conquista si no enemigos al menos rivales de aquéllos.

En las serranías al norte de los lagos y volcanes, y hacia la península de Cosigüina, vivían los temidos Chontales, a quienes Chorotegas y Nicaraos calificaron como gente ruda y de idioma entrecortado (popoluca), y con los cuales sostuvieron continuas guerras. Una población remanente eran los Guaxinjos o Guaxenicos, (en la zona de El Sauce, Achuapa y Limay); los Olomegas y Olocotones (al norte de los volcanes Maribios) y los Tacachos de Yacacoyagua, vecinos de Subtiava y mencionados en el itinerario de fray Alonso Ponce. Estos grupos eran de filiación "chontal" según un censo practicado en 1581.⁹

⁸ DHN. Tomo 1. p. 487.

⁹ En el censo de 1581 aparecen los pueblos de Olocotán, Guaxinjo, Olomega, Condega, Somoto, Teuxtepet, Bosco, Coyagalpa, Coagalpa, Xicuygalpa, Quiboga, Comana y Mayale cromo

Los varios asaltos realizados en las minas de Olancho y Segovia en 1527, por parte de los Chontales y Xicaques, dieron a los españoles una idea del carácter indómito de estas tribus, cuya conquista no se emprendió sino hasta finales del siglo XVI. Las incursiones de estos indígenas eran en desquite por los abusos y exacciones que los mismos sufrían de parte de los españoles radicados en las minas. A título de venganza, el gobernador López de Salcedo mandó a ahorcar a 22 caciques, colgándoles en el camino cuando viajó de Trujillo a León. No obstante las represalias, los indios continuaron por mucho tiempo rebelándose y hostigando a los pobladores de los valles de Jalapa y Olancho. En 1611 llegaron a quemar la ciudad vieja de Segovia, situada en la confluencia de los ríos Jícaro y Coco.

Llama la atención la presencia de varios lugares con nombres náhuatl, no sólo entre las poblaciones chorotegas y maribias de la región del Pacífico, sino también en el interior del territorio chontal]. Posiblemente estaban relacionados con las rutas de los mercaderes aztecas —los pochtecas— que pasaban por los valles de Olancho, de Segovia, el actual territorio de Chontales y por el río San Juan, en busca de oro hacia las regiones de Talamanca y Veragua situadas hacia al sur.¹⁰

La imposición de tributos ejercida por los aztecas también alcanzó a los pobladores de la región del Pacífico, desde la época cuando el emperador Moctezuma mandó a sus capitanes a conquistar Nicaragua —según el cronista Antonio Vázquez de Espinosa— hecho que sucedió a los 15 años de su reinado, es decir en 1518, poco antes del desembarco de Cortés en las costas de Veracruz.¹¹ Vale aclarar, sin embargo, que a diferencia de los españoles, las "conquistas" de los aztecas se realizaron sin tomar posesión de las naciones sometidas, o imponer cambios drásticos en las costumbres y creencias de sus habitantes. Consistían principalmente en la exigencia periódica de pagos de tributos en especie.

No se han encontrado evidencias concluyentes que demuestren posibles contactos entre las tribus de la región del Pacífico y las de la costa caribe de Nicaragua, en medio de las cuales se interponían los bravos Chontales, así como también selvas impenetrables. La única salvedad era el valle del río San Juan, habitado por tribus Ramas, Botos y Suerres. Una colonia náhuatl existía en la desembocadura del río, de acuerdo con el cronista Torquemada. Se trataba

pertenecientes a la pro-rinda de Chontales. Nombres chontal—matagalpas en el extremo occidental de Nicaragua son Cosigilina, Paimayca, Apacunca, Cayanlipe y Guasaule.

¹⁰ Al igual que en los valles de Agalta y Olancho en Honduras, algunos lugares con nombres náhuatl se encuentran bien internados en el territorio nicaragüense, tales como Teotecacinte, Jinotega, Apanas, Tomatoya, Musutepe, Sácal, Chayotepe, Coyanchigüe, Matayagual, Mechapa, Quimichapa, Tepeguasapa, etc. Ayostepe en una pequeña colina cerca de Rama, en los confines de la Costa Atlántica.

¹¹ Antonio Vázquez de Espinosa. (FPCBA. Serie 2). Acápite 404.

posiblemente de un puesto comercial y de apoyo a las expediciones que tanto Nicaraos como Chorotegas enviaban a la costa de Talamanca y Veragua, también en busca de oro, metal que maleaban en ornamentos y dieron como tributo a los primeros conquistadores.¹²

Organización y costumbres sociales

Se han escritos varios ensayos sobre la cultura de los habitantes prehispánicos de la región del Pacífico de Nicaragua, donde se enfocan especialmente los aspectos sociales y religiosos.¹³

Tanto Nicaraos como Chorotegas reflejaban, en creencias y costumbres, una fuerte influencia de las culturas de Mesoamérica. Habiendo llegado a Nicaragua con anterioridad al surgimiento del poderío azteca, es posible que ambas tribus trajeran desde el altiplano del Anáhuac, primero, y de la región de Chiapas, después, los modelos de cultura propios de Cholula, de Tula, y aún de la más antigua Teotihuacán. Al menos los Chorotegas —cuando vivieron en la Sierra Madre de Chiapas— fueron vecinos y contemporáneos a los Mayas del período Clásico, antes del colapso de ese imperio; no obstante, eran más parecidos en sus acciones a los Pipil–Nicaraos, de los cuales apenas se distinguían por el idioma, ciertos ritos y formas de organización social.

Es casualmente a través de Gonzalo Fernández de Oviedo que se tiene noticias sobre estas tribus de Nicaragua. Muchas de sus costumbres, creencias y ritos todavía persistían cinco años después de la conquista del país, cuando el cronista las observó y registró.¹⁴ Los otros relatores no hicieron más que repetir o confirmarlo que Oviedo advirtió, agregando alguna que otra referencia novedosa. Las autoridades españolas afincadas en León pusieron poco interés, (salvo quizá Francisco Castañeda), en describir el modo de ser y de vivir de los indígenas, ya sea por el prejuicio o recelo religioso que desechaba toda forma de manifestación pagana, o por falta de curiosidad sobre los quehaceres de los sojuzgados. El envío de los relatos y las comunicaciones, por tierra y por mar, seguía una ruta incómoda: de León a Panamá, luego a Nombre de Dios, después a la isla Española y finalmente a España. Pocas cartas llegaban a su destino, especialmente aquellas escritas en los primeros años de la conquista.

A diferencia de otros lugares en el norte de América Central, donde todavía se conservan grupos indígenas con costumbres poco cambiadas, la población

¹² El puesto comercial era probablemente Talaleguale, según un testimonio que se refiere al viaje de Rodrigo de Contreras al Desaguadero. Véase DHN. Vol. IX. p. 528 y 534.

¹³ Véase en la bibliografía las obras de Anne M. Chapman, Rafael Urtecho Sáenz, Francisco Pérez Estrada, Miguel León Portilla, Samuel K. Lothrop y Paul F. Healy.

¹⁴ Fernández de Oviedo vivió en León (Viejo), desde finales de 1527 hasta mediados de 1529, durante las gobernaciones de Salcedo y de Pedrarias. Todas las citas presentadas en el capítulo se encuentran en el libro XLII (Tomo IV) de su *Historia General y Natural de Las Indias*.

nativa de la región del Pacífico de Nicaragua sufrió de un exterminio casi total a consecuencia de la conquista. Los pocos sobrevivientes fueron modificados en lo genético y cultural por cuatro siglos de mestizaje y ladinización. Por otra parte, la escasa investigación arqueológica realizada en el país no permite agregar nuevas visiones sobre aquel mundo desaparecido. En lugar de tener un Bernardino Sahagún, cuya condición de fraile no le impidió rescatar valiosísima información sobre las costumbres de los aztecas, Nicaragua tuvo que sufrir la iconoclasia fanática de un Francisco Bobadilla, experto en demoler teocalis, mutilar estatuas y quemar códices en las plazas indígenas del país.

Sobre la organización política de los Chorotegas, escasamente se sabe que se regían por un consejo. de Huehues, cuyas decisiones eran acatadas por todos. Sus órdenes, llevadas por mensajeros con báculos de autoridad, se pregonaban en plazas y pueblos. En caso de guerra confiaban la victoria a un valiente capitán, elegido para tal menester.

Los caciques nicaraos, por otro lado, comunicaban sus decisiones a los jefes de plaza, sirviéndose de los capitanes que los escoltaban y servían en la propia corte. Existía desde luego una asamblea de notables, el Monexico, cuya deliberación buscaba la aprobación del cacique para ser efectiva. El sistema político era autocrático; tenía en la cúspide al cacique, llamado en su lengua con el título de Teyte, o Señor. Este era elegido en forma vitalicia, no por herencia, sino en función de su inteligencia y valentía después de una rígida temporada de iniciación en las artes militares, en los ritos y creencias, en las abstinencias y otros sacrificios realizados en la seclusión de un templo. De este modo el cacique se convertía en el líder militar y espiritual de su pueblo.¹⁵

Debajo del cacique estaban las castas de los guerreros distinguidos (tapaligüis), de los sacerdotes (tamagastad), de los jefes de plaza o caciques menores, de un anciano confesor, de los inspectores de mercado y de los orfebres, todos los cuales ostentaban rango de nobleza. De menor condición social era la gente que pagaba tributo, como los artesanos, comerciantes, soldados, agricultores, cazadores, pescadores, etc., hasta llegar a los mendigos. Los esclavos ocupaban el escalafón más bajo y lo formaban individuos que se vendían o empeñaban por necesidad, o aquellos castigados por faltas graves y entregados como compensación a los ofendidos o a sus deudos.

Tanto Chorotegas como Nicaraos tomábanse prisioneros de guerra, que sacrificaban en honor a los dioses arrancándoles el corazón, untando con la sangre la faz de los ídolos y devorando sus restos. El canibalismo tenía sentido ritual,

¹⁵ Las costumbres y ritos de loa Pipiles de El Salvador, otro de los grupos náhuatl semejante a las Nicareos, fueron descritas en 1576 por el Oidor de la Audiencia de Guatemala, Diego García de Palacio, en su interesante carta—relación a Felipe I L (Reproducida por León Fernández en DHCR. Tomo I, San José, Costa Rica, 1881).

especialmente entre los Nicaraos, pero para los Chorotegas era una práctica gastronómica muy usual, llevada a la clandestinidad cuando los españoles les impusieron fuertes castigos para erradicarla. En la primera carta que el alcalde Castañeda dirigiera al rey de España, menciona al respecto lo siguiente:

«Muchos de los chorotegas por no servir se an dexado morir e huydo porque son la más mala gente que en el mundo ay, que se comen vnos a otros e son tan viciosos de comer carne emana que no ay quien se lo pueda quitar, avnque a avido grandes castigos no basta a rrefrenallos de su mal vicio».

El mismo texto refiere una incursión a las sierras de Managua, comandada por el capitán Palomino, donde algunos Chorotegas estaban escondidos, asando a ciertos indígenas en barbacoas y teniendo atados y engordando a otros tantos más para la cena.

En la sociedad chorotega la mujer tenía derechos y voz sobre el marido, al contrario de los Nicaraos que mantenían a sus consortes sometidas. La monogamia era la regla, aunque algunos caciques y principales podían disponer de tantas mujeres como les placiera. En Nicoya el derecho de pernada era un privilegio del cacique.

Por lo general los hombres tenían a cargo la guerra, la religión, la agricultura, la caza y la pesca, la construcción del hogar; las mujeres los oficios de cocina, hilado y vestuario. Ellas tenían vedado entrar a los templos, los varones conducir negocios en el mercado. La prostitución era permitida. Por diez almendras de cacao se conseguían las caricias de una guatepol. Algunas mujeres solteras se ganaban la dote entregándose al mejor postor; de esta manera se valoraban antes de seleccionar marido entre sus numerosos pretendientes. Entre otras costumbres, apedreaban a los homosexuales o cuylones; enterraban vivos a los violadores, especialmente si éstos pertenecían a una casta más baja. A los ladrones los rapaban y ataban; no los soltaban hasta que pagasen lo hurtado, o lo retornasen al dueño. El homicidio, sin embargo, se reparaba dando alguna compensación a la familia de la víctima. Por la muerte de un esclavo nadie reclamaba.

LOS INDÍGENAS Y SUS ARTES

Los Chorotegas y Nicaraos eran de aceptable estatura, más blancos que morenos, según Oviedo, no obstante la calina del sol tropical y la escasa o rala vestimenta que los cubría. La mayoría de los hombres usaban un lienzo de algodón retorcido y enrollado en torno a la cadera, doblado en los extremos para cubrir las partes pudendas; también lucían camisetas o coseletes sin mangas. Las mujeres llevaban enagua, tanto más larga cuanto más alta era su posición social,

con gorgueras o blusas de algodón cubriendo los pechos, a manera de grapil. Quizá la vestimenta era ocasional, pues los dibujos de Oviedo y de Benzoni presentan a los indios de ambos sexos casi desnudos, algo inconcebible ante la mojigatería de la época. Los varones calzaban guiaras, o sandalias de cuero de venado. Plumajes, collares, pulseras, narigueras, brazaletes y ligas completaban la ornamentación del vestuario. Este era fabricado con algodón, planta de cosecha anual que los indios cultivaban cerca de las chozas, con fibras teñidas de varios colores, tejidas en ropa muy fina.

Los hombres solían tatuar el cuerpo con figuras y símbolos propios de su casta o grupo. La figura del jaguar, (nambué en chorotega y tecuán en náhuatl), era el motivo favorito ejecutado por el tatuador. Pintaban la cara y partes desnudas del cuerpo con achiote, "embijado" con manteca de cacao, especialmente para las ceremonias y festividades. Colgaban de orejas y labios ciertos anillos y aretes de oro, de concha o hueso: "Los indios de Nicoya y Orosí —escribe Oviedo— traen horadados los bezos baxos, é puestos sendos huessos blancos redondos del tamaño de medio real o más, como los traen los indios en la Nueva España".

Los cabellos eran objeto de especial cuidado; los varones rapaban la mitad delantera de la cabeza y los principales toda, salvo un moño o coronilla que en los nobles se extendía como fleco para denotar su posición. "En la provinzia de Nicaragua —continúa Oviedo— se prescian los indios de andar muy bien peynados é hacen peynes de púas de huessos de venado, blancos, que parescen márfil, e otros hacen negros de madera rescia e muy gentil".

Las mujeres trenzaban los cabellos y las de Nicoya, según el mismo cronista, eran las más hermosas vistas en aquellas partes.

Los indígenas deformaban la cabeza, siendo niños, a fin de hender el cráneo y endurecerlo parietalmente para soportar los pesos que transportaban sobre ella, ya que no conocían bestias de carga ni medios rotativos de transportación.

Entre las artes manuales practicaban la alfarería, fabricando piezas tanto de uso rutinario como aquella policroma para fines comerciales o ceremoniales, adornada con motivos estilizados y de gran esmero artístico. Los alfareros nicoyanos manipulaban la cerámica negra, de muypreciado valor, que vendían a los Güetares del centro de Costa Rica. Urnas funerarias, en forma de zapato, utilizaban a orillas del lago de Nicaragua y en sus islas para enterrar los restos exhumados de personajes principales, junto con sus adornos corporales y otras pertenencias. Ambos, Nicaraos y Chorotegas, mostraban notable habilidad en el tallado de la madera, en la elaboración de los arreos de guerra, de caza y pesca, en la construcción de canoas de un solo tronco y en la erección de viviendas de caña y paja.

Oviedo narra y dibuja con detalle la plaza donde residía el cacique de Tzoatega: sus largos y altos bohíos de encumbrada techumbre de paja y las paredes de caña bien plantadas para resistirlos vientos huracanados y los temblores de tierra. También ilustra la residencia del cacique, la de sus mujeres, capitanes; el granero, la barbacoa, etc. El mobiliario escaso, sirviendo las esteras o petates para reclinarse sobre duhos, o almohadas de fina madera. Ollas, comales, jícaras y huacales, artísticamente labrados, eran indispensables como vasija doméstica. Otras cerámicas, como platos tripodales e incensarios, servían para ofrendas y sahumerios ante pequeñas estatuas de piedra o madera —los dioses menores— que se guardaban en las casas en nichos especiales, en medio de una atmósfera aromatizada por copales y astillas de pino ardiendo.

Los pueblos indígenas de Nicaragua no parecen haber tenido un trazado estrictamente urbano; a lo sumo una plaza para mercado, con alguno que otro templete, alrededor de la cual residía el cacique y los nobles. El resto de las chozas se distribuían hacia las afueras, entre huertos, jardines y plantaciones de árboles frutales, en tan compacta densidad que las habitaciones se perdían entre la exuberancia vegetal del trópico.

SUBSISTENCIA INDÍGENA

Nicaragua era un país especialmente dotado de recursos naturales. No obstante que la lluvia faltaba por períodos de seis meses, los suelos eran lo suficiente fértiles para utilizarlos en forma intensiva en la época húmeda; también se disponía de proteína animal a través de la caza y pesca durante todo el año.

Francisco Sánchez miembro del Consejo de Granada, escribía en 1535: "Esta tierra es la mejor y más noble y harta y avundosa de todo y más sana de todas quantas en las yndias se an descubierto y poblado, segund lo que todos quantos a ella vienen de todas esotras partes dizen no aver visto otra tierra tal no hay quien a ella venga que no se maraville".¹⁶

Aprovechando en efecto la feracidad de los suelos, los indígenas de la región del Pacífico de Nicaragua ponían especial cuidado en el cultivo de la tierra, rozándola, limpiándola, sembrando con espeque, regando a mano los vástagos de las plantas, desyerbando, ahuyentando los pájaros cuando los granos estaban maduros y recolectando en fin la producción al tiempo de cosecha. Las fases de la luna eran observadas durante el período de crecimiento de los cultivos, con ofrendas a los dioses respectivos, ayunos y abstinencias hasta el momento de la cosecha. "Y allí en Nicaragua —menciona Oviedo— hay mas cuydado en ésto de la agricultura que en partes de quantas yo he estado en las Indias".

¹⁶ DHN. Tomo III. p. 407.

Los cultivos más importantes eran el maíz, tres variedades de frijoles, el ayote, la yuca (de posible introducción corobici en la región del Pacífico), el cacao, ají, algodón y henequén. El desarrollo del maíz tomaba sólo 40 días después de sembrado el grano; cada mazorca producía hasta 400 granos. De la masa del maíz molida en los metates se obtenían diversos alimentos, siendo el más común el tascalpachon, o tortilla como la llamaron los españoles. Tamales, elotes, atoles y hasta una bebida embriagante —la chicha— provenían de aquella planta tan virtuosa, cuyo cultivo fue descrito por Oviedo con pormenores. El ayote y la calabaza, que maduraban en seis semanas, eran también estimados como alimentos y sus cuescos aprovechados, "[...] pues los caminantes no dan un paso sin ellas por la falta de agua", comenta Gómara.

Figura 9.-Un dibujo del cronista Jerónimo Benzoni, que visitó Nicaragua a mediados del siglo XVI, muestra árboles de cacao, semillas secándose al sol y un indígena produciendo fuego.

Figura 10.-Indias de Nicaragua haciendo tortillas, ilustradas por Benzoni.

Todos los años plantaban junto a las casas matas de algodón, cuya fibra era hilada y teñida con múrice por manos femeninas. Cultivaban el henequén, traído de las tierras mexicanas por los primeros emigrantes, del que sacaban una fibra resistente para elaborar mecates de excelente calidad. Cuidaban especialmente los árboles de níspero (*Achras sapota*) entre los Chorotegas y el cacaguat o cacaotero los Nicaraos. El primero era elogiado por su delicado sabor y el cacao se servía como chocolate ante el cacique y sus principales. No obstante ser considerada como la mercancía más cara y estimada de los indios, el cronista Benzoni dice de esta bebida que "más bien parece un brebaje para perros que para hombres".

La semilla de cacao corría como moneda, incluso hasta bien entrada la época colonial. A manera de comparación: con una de ellas se compraban dos nísperos, con diez un conejo y con cien un esclavo. El aceite de cacao servía en la cocina y para cerrar heridas. Esta propiedad —comprobada por Oviedo con motivo de haberse inferido accidentalmente una profunda cortadura en la planta del pie— fue reconocida en España cuando el cronista regaló una redoma de aceite a la soberana.

También los indígenas cultivaban una serie de frutas como el caimito, mamey, zapote, papaya, aguacate, pitaya y anona, citando aquéllas que Oviedo disfrutó. De los nancites y jocotes fermentados preparaban cierta especie de licor. Pascual de Andagoya se refiere a las bebidas espirituosas indígenas en el siguiente comentario: "Hacen un vino de cierta manera de ciruelas que se tiene un año, y

es de tanta fortaleza como el vino de España; aunque se pasa presto la fuerza... toda su felicidad es beber del vino que hacen del maíz, que es a manera de cerveza, y con él se emborrachan como con vino de España; y todas las fiestas que hacen es beber".¹⁷

Oviedo observó al cacique de Nicoya fumar tabaco, para lo cual usaba unos canutos que aplicaba a la nariz. En Nicaragua advirtió que utilizaban una planta que denominaban *yaat*, para combatirla sed y el cansancio. Los indios mantenían la hierba seca y estrujada en la boca, sin masticarla ni tragarla: "El efecto della es que discen los indios questa hierva les quita la sed y el cansancio... e que les quita el dolor de la cabeza e de las piernas; e estaban tan acostumbrados en este uso que por la mayor parte todos los hombres de guerra e los monteros e caminantes e los que usan andar en el campo no andan sin aquesta hierva".¹⁸

La medicina vegetal estaba generalizada, siendo como eran los indígenas excelentes herbolarios. Según Oviedo aprovechaban las resinas del jiñocuabo (*Bursera*), guayacán (*Guaiacum*), jocote (*Spondias*), bálsamo (*Miroxylum*), madero negro (*Gliricidia*), y guapinol (*Hymanaea*), como emolientes, antiherpéticos y cicatrizantes, además de un sinnúmero de plantas que todavía siguen siendo partes indispensables en la farmacopea rural de la presente Nicaragua.

Apreciaban los árboles por su madera y fronda. Las ceibas de Nicaragua tenían el tronco tan grueso, "[...] que quince hombres cogidos de la mano no lo pueden abarcar", según comenta López de Gómara. El madero negro, llamado por los indios *yaguaguy*, crecía a lo largo de los caminos, daba sombra a los cacaotales y su madera era imputrecible.¹⁹

Los mercados al aire libre se acogían a la sombra de frondosos guanacastes (*Enterolobium cyclocarpum*), genízaros (*Pithecolobium sanan*), ceibas (*Ceiba pentandra*) y chilamates (*Ficus glabrata*), considerados como los gigantes entre los árboles del trópico seco americano. En varias plazas o tiangués—menciona Oviedo— bastaban tres o cuatro ceibas para dar sombra a unas mil o dos mil personas. De la meseta segoviana obtenían astillas de ocote (*Pinus oocarpa*) para alumbrarse; los españoles utilizaron después la madera y la brea procedentes de los pinares en el astillero de El Realejo.

Hacían guacales del fruto del jícaro (*Crescentia cujete*), cuyas hojas cruciformes fueron mostradas por Oviedo como gran curiosidad en la corte

¹⁷ Ver Andagoya, en Nicaragua en los Cronistas de Las Indias. Serie 1. p 46.

¹⁸ Oviedo menciona el cultivo de la coca en Perú y Venezuela, de donde posiblemente pasó a Colombia, Panamá, Costa Rica y sur de Nicaragua.

¹⁹ Con esta madera Oviedo construyó una caballeriza, tomándola de un viejo templo indígena que desmanteló en la plaza de Momotombo, que era parte de su encomienda. El cronista menciona que la madera estaba tan fresca como el primer día en que fue utilizada para aquel templo, de más de un siglo de edad.

española; también fabricaban petates de tule, de cabuya y de juncos acuáticos, así como mecates y cuerdas de henequén, cuya calidad era mejor que los fabricados en España, según el siguiente comentario de Pascual de Andagoya: "Tienen los vecinos granjería de hacer jarcia de un nequén que hay, que es como cerro de lino; hócese muy hermosa jarcia y más fuerte que la de España, y lonas de algodón excelentes: pez y tablazón para navíos, no hay más en Vizcaya".²⁰

La tierra era dadivosa en la producción de miel y cera, especialmente en Nicoya, donde había unas abejas diminutas y sin ponzoña. La caza y la pesca abundaban; los nobles practicaban la primera como deporte y el pueblo ambas para subsistir.

CREENCIAS RELIGIOSAS DE LOS INDÍGENAS

Tanto los Nicaraos como los Chorotegas compartían la cosmovisión religiosa que predominaba entre las culturas contemporáneas de Mesoamérica, si bien sus dioses y rituales variaban entre ellos. Ambas tribus se hacían la guerra para procurar cautivos que pudiesen ser ofrendados como víctimas propiciatorias en sus respectivos templos.

"Son idólatras —comentaba Oviedo— é tienen muchos ydolos de barro é de palo en unas casillas pequeñas é baxas que las hacen dentro del pueblo, allende de sus casas principales de oración, que llaman *teyopa* en lengua de Chorotegas, y en la de Nicaragua archilobos".

En las casas principales, o templos, guardaban estatuas esculpidas en toba volcánica, representando a sus dioses mayores o Teotes, presididos por Tipotani entre los Chorotegas y Thomaotheot para los Nicaraos.

Estos últimos también veneraban a la pareja sagrada, creadora del cielo y la tierra: Tamagastad y Zipattoval, junto con otros teotes que les hacían compañía en el cielo, en espera de las almas de los guerreros muertos en combate.²¹

En el templo principal era un montículo de tierra en forma de cono truncado, no muy alto, provisto de pocos escalones, con un altar de piedra encima donde acostaban a la víctima los sacerdotes encargados de la ceremonia. No escapó a Oviedo advertir la semejanza entre los ritos de los Nicaraos y éstos de los Aztecas: "En los orchilobos é sacrificios, é comer carne humana e otros ritos, así como sacrificarse (sajarse) las orejas é lenguas é miembros generativos, é otras muchas cosas que acostumbran, todo es de una manera, o muy conformes".

La víctima podía ser un cautivo, o bien un muchacho mantenido, adiestrado y resignado para tal fin. A los primeros los sacrificaban para propiciar a los dioses durante la época de guerra; a los jóvenes 'para implorar bendición al principio y

²⁰ Ver Andagoya, atrás citado, p. 47.

²¹ Véase el estudio sobre los Nicaraos de Miguel León Portilla.

final del invierno en favor de las cosechas, aplacar las sequías o conjurar ciertos fenómenos naturales como terremotos y erupciones volcánicas.

El sacrificio, a la manera de los mexicanos, se hacía a la vista del pueblo y del cacique, sujetando al ofrendado contra la piedra y extrayéndole el corazón con un cuchillo de obsidiana. Con la sangre del inmolado se rociaba a los asistentes y a las estatuas. La carne era distribuida para ser comida como pan bendito. Un rito similar se practicaba entre los Chorotegas, según Oviedo, quien describe una de tales ceremonias entre los indígenas de Nicoya:

«[...] toman una muger u hombre (el que ya ellos tienen elegido para sacrificar), e stibenlo en el dicho monten e óbrenle por el costado e sácanle el corazón, e la primera sangre del es sacrificada al sol. E luego descabezan aquel hombre e otros quatro o cinco sobre una piedra que está en el dicho montón en lo alto del, e la sangre de los demás ofrescen a sus ydolos e dioses particulares, e tintanlos con aquella, e sintanse a si mesmos los bezos e rostros aquellos interceptores o sacerdotes, o mejor diciendo, ministros manigol dos o verdugos infernales; y echan los dichos cuerpos asst muertos a rodar de aquel montón abaxo, donde son recogidos, e después comidos por manjar sancto e muy presciado».

Invocaban a los dioses mayores para conseguir su favor en las guerras o en los períodos de las grandes calamidades. Un sitio de especial veneración era el cráter activo del volcán Masaya, en cuyo fondo se formaba a menudo un pozo de lava incandescente. El cronista Juan de Torquemada, citando a fray Toribio Benavente (alias Motolinía), quien estuvo en Nicaragua en 1529, escribe al respecto:

«Allí en aquello alto de aquel Volcan estan unos Teocales, o Altares, sobre los qua-les llamaban a sus Dioses, y ofrecian sacrificio los Indios, de aquellas Provincias; y quando les faltaba del Agua, para los Temporales, en Tiempos de secas, en lugar, de los Sacrificios ordinarios, despeñaban por allí abajo Niños, y Muchachos, para que fuesen por Agua, y los moradores de aquella Provincia creian, que luego que allí ofreciesen aquellos Niños havia de llover, los quales, antes de llegar a bajo, iban hechos muchos pedazos».²²

Además de las deidades principales, los indígenas tenían otros dioses menores a los que recurrían para conseguir favores en un sinnúmero de

²² Ver Motolinía, en Nicaragua en los Cronistas de Indias. Serie 1, p.105; también Torquemada, Serie 2, p. 112.

actividades relacionadas con la agricultura, la caza, la pesca y otras labores de la vida cotidiana.

Tanto Gil González como Hernández de Córdoba realizaron labores de cristianización con la ayuda de los frailes que los acompañaron, atribuyéndose el mérito de haber convertido a millares de indígenas. Celoso de estos supuestos logros, Pedrarias Dávila ordenó al fraile Francisco de Bobadilla fuese de pueblo en pueblo y comprobase la sinceridad de aquellas conversiones. En efecto, Bobadilla confirmó que algunos de los indígenas habían olvidado el bautismo; otros se opusieron a ser rebautizados: "A un guegue principal, cuyo nombre propio era Cipat, le preguntó si quena ser chripstiano é dixo que no, é diósele á entender que avia parayso é infierno, é no aprovechó nada: antes dixo que no se le daba más yr á un cabo que al otro".²³

Después de varios meses de recorrer las provincias, Bobadilla logró "... rescatar" a unos cincuenta mil indígenas. Sin embargo, lo más interesante de esta cruzada fueron los diálogos que el fraile sostuvo con algunos caciques. Salieron a luz varios testimonios sobre las creencias originales de los indios, a cuyas prácticas paganas seguían aferrados, no obstante haber transcurrido cinco años de evangelización. En las propias barbas de los españoles algunos grupos clandestinos continuaban en sus antiguos credos y ritos, tal como lo confirma el alcalde Castañeda en carta que remitiera al rey de España en 1531:

*«Sean dadas muchas gracias a dios en esta provincia no hosan los yndios comer carne humana ni hacer sacrificios a sus ydolos como solían, ni se sabe que lo hagan porque los he castigado tan rrezio que no lo hosan hacer a lo menos que se sepa puesto que en quanta a tener sus ydolos los tienen escondidamente, a diez días que vysintando vna plaza que dizen ymavite les hallé escondidos más de doszientos ydolos por los buhíos los quales les hize pedazos e traigo agora estos padres de san francisco y de sancto domingo por las plazas de los yndios predicándoles e tomándolos christianos e cierto se haze fruto».*²⁴

La verdadera conversión de los indígenas llegó años después con el proceso de mestizaje y ladinización, con el olvido de las viejas tradiciones y la obediencia a los amos. El celo religioso de sus descendientes fue tal, que en las islas de los lagos de Nicaragua quedaron fragmentos mutilados de los antiguos dioses de piedra venerados por los antepasados. Las estatuas fueron derribadas de los altares ceremoniales por manos fanáticas, conservándose algunas escondidas en

²³ Los pueblos visitados por Bobadilla y la cifra de los indios bautizados aparecen en la crónica de Oviedo. La cita está en (FPCBA- Serie 3) p. 312.

²⁴ DHN. Tomo III. p 75-76.

el bosque que exploradores y científicos del siglo pasado, como Squier y Bovallius, lograron descubrir o rescatar para beneficio de los entendidos.

RITOS Y FESTIVIDADES

Chorotegas y Nicaraos, como todos los pueblos de Mesoamérica, celebraban festividades periódicas según ciertas fechas del calendario. Este consistía en 18 meses de 20 días, con cinco días adicionales.²⁵

El almanaque observado por los Nicaraos tenía una estrecha similitud—en cuanto al nombre de los meses— con el calendario adoptado posteriormente por los aztecas. Cada mes era presidido por una diferente deidad, ante cuya imagen y por cuya memoria se celebraba una festividad.

"En aquellas fiestas no trabaxamos —informaron los caciques nicaraos a Bobadilla— ni entendemos en más de emborracharnos; pero no dormimos con nuestras mugeres... e por esso ninguno lo osa hacer, porque aquellos días son dedicados a nuestros dioses"²⁶

El inicio o el fin de ciertas cosechas eran también motivo para fiestas, durante las cuales los indígenas, pintados o disfrazados celebraban mitotes y areytos, cantando en coro o bailando cogidos de la mano, según los ilustraron los cronistas Oviedo y Benzoni. Practicaban entonces ciertos juegos y competencias como eran: "pedir cacao", donde unos contorsionistas se ofrecían de blanco, procurando evadir los tiros que ciertos caciques les hacían con lanzas de punta de cera. Estas eran arrojadas con tal destreza y fuerza que los maromeros, resistiendo los golpes, pedían la suspensión del juego magullados por los golpes, o se daban por vencidos después de haber ganado suficientes semillas de cacao.

Figura 11. El cronista Benzoni conversa desde una hamaca con el cacique Don Gonzalo, quien está sentado en un duho, 'atendido por sus siervos. Nótese el rancho y el paisaje florentinos' ilustrados por el dibujante. (*Americae Pars Quinta*. Theodore de Bry. 1595).

²⁵ En el interrogatorio de Bobadilla a los caciques de Nicaragua se enumeran 21 días del calendario, (Acat y Acato repetidos), y se mencionan 10 zempuales (meses), que posiblemente anotó Bobadilla en lugar de 18. El historiador de la colonia, Fuentes y Guzmán, en su célebre *Recordación Florida*, (Cap. XII, Libro Segundo), refiere que fray Luis Jirón, mercedario en Nicaragua, habla tenido en su poder tablas del tiempo de los Nicaraos y un calendario de piedra, donde se mostraba que el siglo era de 52 años, (modalidad azteca), y que cada año abarcaba 18 meses de 20 días, más cinco días complementarios.

²⁶ En el mismo interrogatorio citado en la nota precedente.

Figura 12.- Ronda ceremonial en Nicaragua —el Mitote— descrita por Benzoni a mediados del siglo XVI. En ella se destacan los gestos y posturas de los robustos danzantes. (Americae Pars Quinta. Theodore de Bry. 1595).

Otros juegos eran el "subibaja" o comelagatoazte, especie de columpio en cuyos extremos se balanceaban dos indígenas, y el emocionante "volador", que como el anterior fue descrito y dibujado por Oviedo, quien lo presencié en la plaza de Tzoatega. Este último juego consistía en un elevado poste de cuyo cabo superior, atados con cuerdas, se descolgaban en espirales descendentes cuatro disfrazados, imitando el vuelo de las aves, tal como lo practican los actuales Totonacas de México.

Por lo general todas estas fiestas y juegos terminaban con la libación de generosas cantidades de chicha, "[...] hasta que caen hechos cueros borrachos e tendidos por el suelo", según testimonia Oviedo.

Los indígenas practicaban, finalmente, toda suerte de hechizos, otra prueba de su "[...] comunicación con el diablo", según Oviedo. Temían a los texoxes, especies de brujos que según las creencias se convertían en lagartos, tigres y otros animales feroces, para inferir toda clase de maldades a los indígenas, tomarles devorarles los hijos, al amparo de la oscuridad de la noche.

POBLACIÓN ABORIGEN DE NICARAGUA

Determinar cuál era la población prehispánica de Nicaragua al momento de la conquista resulta un interesante ejercicio de demografía histórica, ya que no se tienen sino cifras muy fragmentarias, producto de estimaciones casuales o de los bautizos realizados por los frailes que acompañaron a los primeros conquistadores.

Fernández de Oviedo habla de "muchas multitud de gente" en Nagrando, (donde vivió cinco años después de la invasión de Córdoba), así como en las otras provincias. Ya para entonces (1529), los indígenas habían sufrido las crueldades de Pedrarias, de Estete y de López de Salcedo; el hambre y las epidemias habían mermado notablemente la población indígena. Pedrarias, mañosamente, en carta que enviara al rey de España en marzo de ese año, adelanta el siguiente comentario: "Agora diré el estado en que estaba la tierra que es que tres partes de yndios que avía en la tierra las dos an perecido hambre y se salteaban unos a otros para se comer..."

Este gobernador se cuidaba, sin embargo, de señalar que el hambre era consecuencia de la deserción de los indígenas que habían abandonado las

sementeras en los alrededores de León para escapar de su cruel servidumbre o de ser exportados como esclavos.²⁷

El fraile Bartolomé de las Casas estimaba en dos millones de indígenas la población original de Nicaragua, cifra que puede ser exagerada teniendo en cuenta que este defensor de los indígenas quería con ello demostrarla magnitud del genocidio perpetrado por los capitanes y gobernadores españoles. Oviedo, en un comentario póstumo sobre Pedrarias, le atribuye la muerte de dos millones de indígenas en el espacio de 16 años, cuando éste fue gobernador de Castilla del Oro y de Nicaragua. El cronista da a entender que en esta última provincia la población que había muerto y la exportada como esclava sumaban unos 750,000 habitantes, sin contar los 185,000—bautizados en tiempos de Gil González, Fernández de Córdoba y el fraile Bobadilla— que estaban sometidos a la servidumbre directa de los españoles de León, de Granada y en las minas de Segovia; lo que permite aproximar el número al millón de habitantes.

Cifras de la población de Managua y su vecindad —dadas a conocer por Oviedo— pueden dar una idea parcial de la densidad de un determinado sector a lo largo del corredor volcano–lacustre y permiten derivar por extrapolación el monto total de la población en las provincias indígenas de Nicaragua. En efecto, el cronista menciona las poblaciones sobre la costa sur del lago Xolotlán así: Mateare, más de 12,000 almas; Matinare (Los Brasiles), 4,000; Managua, 50,000 y Tipitapa 10,300. En total 76,300 habitantes en una longitud costera de 40 km. Si se mantiene esa proporción a lo largo de los 400 km de corredor, donde estaban ubicadas las provincias, la cifra total sería de tres cuartos de millón, en coincidencia con la estimación general de Oviedo. Desde luego, habría que sumar la de los pueblos alrededor del golfo de Nicoya y otra población dispersa a uno y otro lado del corredor, con las cuales la cifra vuelve a aproximarse al millón.

El geógrafo David R. Radell, en un estudio sobre la población aborígen de Nicaragua, también estimó en un millón la cifra que tenía el país al comenzar la conquista. Esta se redujo a sólo 10,000 en los siguiente sesenta años, a consecuencia de la esclavitud, las enfermedades, el hambre y la venta de esclavos a otras partes recién conquistadas por los españoles.²⁸

"En fin, porque en ésto no nos cansemos —concluye Oviedo— digo que en tiempo quel capitán Gil González fué a aquella tierra é después dél el capitán

²⁷ Véase DHN. Tomo I. p. 454.

²⁸ Un interesante estudio sobre la población aborígen de Nicaragua, con una estimación de las esclavos vendida, la ofrece David R. Radell, quien dramáticamente afirma que de un millón de habitantes que contenta Nicaragua en 1523, la población se redujo a sólo diez mil, sesenta años después. Véase el Capítulo 3: The Indian Slave Trade and Population of Nicaragua during the Sixteenth Century, en el libro editado por Denevan y citado en la Bibliografía del Capítulo. Igualmente ilustrativo es el libro de William Sherman, también citado en la misma.

Francisco Fernández, teniente de Pedrarias, parecía que hervía de gente aquella tierra, segund yo lo supe en ella de los que la vieron".

Bartolomé de las Casas ofreció después un recuento más cauteloso cuando menciona que en el lapso de 14 años, a partir de la llegada de los españoles a Nicaragua, habían muerto medio millón de indígenas y otra cifra igual vendida a Panamá y Perú como esclava, quedando sólo un remanente de 4 ó 5 mil personas al término de ese lapso.

Como razones del despoblamiento indígena figuran: la muerte por los trabajos forzados y el mal trato que la población nativa recibió de parte de los vecinos de León y Granada, entre los cuales había quedado "repartida"; la desnutrición y hambre por el abandono y saqueo de las cosechas y los malos inviernos de 1528 y 1533; la muerte en el trabajo de las minas, bajo un clima templado al que los indígenas ríó estaban acostumbrados, sumergidos continuamente en aguas frías para lavar oro en bateas; las marchas forzadas para acompañar a la tropa española en las "entradas" y otras aventuras expedicionarias que siguieron a la conquista; las epidemias como viruelas, sarampión, influenza y disentería, las tres primeras traídas de Europa y para las cuales los indios no eran invulnerables y, sobre todo, la venta de esclavos en gran escala para suplir la mano de obra nativa ya escaseada en Panamá y Perú.

DESINTEGRACIÓN DE LA POBLACIÓN NATIVA

La población indígena de Nicaragua, siguiendo el triste destino de los habitantes nativos de Castilla del Oro, comenzó a disminuir desde el mismo momento de la conquista de Hernández de Córdoba. Las armas españolas (arcabuces, ballestas, espadas, espigas y lanzas) y las arremetidas con los caballos no pudieron ser contenidas por los indígenas, no obstante su superioridad numérica. Desconcertados por el uso de esas armas y las formas de batallar de los españoles, los indios pronto se desbandaban o pedían la paz, con la esperanza de mejor suerte en un próximo intento. Aquellos que se resistían o rebelaban eran hechos esclavos, como botín de "guerra justa", un eufemismo que escondía el supuesto derecho del conquistador a poseer y vender al conquistado.

Los que pacíficamente se sometían y aceptaban los términos del "Requerimiento", mediante el cual se les "invitaba" a ser vasallos del rey español y abrazar la fe cristiana, pasaban directamente a la servidumbre de los conquistadores, entre los cuales eran repartidos y "encomendados", so pretexto de ser instruidos en la religión. Algunos indígenas iban a trabajar sin remuneración en las casas de los vecinos de León y Granada como "naborías" o sirvientes. Otros quedaban en el campo cultivando la tierra para los nuevos amos, tributando de varias maneras. La desproporción entre conquistadores y conquistados era tal que a cada uno de los 300 hispanos, afincados en Nicaragua en 1527, le correspondía

no sólo miles de indígenas sino pueblos enteros encomendados, especialmente aquellos más cercanos a las dos poblaciones españolas. De ahí resulta —como caso insólito— que disponiendo cada quien de abundante mano de obra, (hombres, mujeres y niños), hayan cometido la estupidez de abusar de ellos, al extremo de acabarlos en pocos años, sin considerar los flagelos del hambre y las enfermedades que también impusieron sus mortales cuotas entre los indígenas.

Para 1533 la despoblación alcanzaba niveles tan alarmantes que el gobernador Francisco Castañeda escribía afligido: "[...] los indios desta provincia se acaban, no hay indios para cuatro años..." En la medida que la crisis demográfica empeoraba y escaseaban los indios como artículos de producción, los españoles ya no diferenciaban entre siervos y esclavos. Recurrían a los caciques exigiéndoles más gente como tributo y los amenazaban con quemarlos vivos o echarlos a los perros bravos, según comenta Bartolomé de las Casas quien, a propósito de las exigencias de Pedrarias, escribía lo siguiente:

"Como los indios comúnmente no tienen esclavos, cuando mucho un cacique tiene dos, o tres, o cuatro, iban los señores por su pueblo é tomaban lo primero todos los huérfanos, e después pedía a quien tenía dos hijos uno, é a quien tres dos; e desta manera cumplía el cacique el número que el tirano le pedía, con grandes alaridos y llantos del pueblo, porque son la gente que más parece que aman a sus hijos".²⁹

Además de hacer todas las labores agrícolas y domésticas para los nuevos amos, los indígenas eran llevados a lejanas tierras, realizando difíciles caminatas sobre terrenos de topografía abrupta a las que no estaban acostumbrados, generalmente cargando los bártulos y otras pertenencias de los españoles. Los cargadores, hombres o mujeres, tenían que soportar sobre la espalda dos o tres arrobas de peso; la marcha se realizaba muchas veces en cadenas para evitar que escapasen. De centenares de indígenas que fueron llevados a ciertos lugares, como las minas de Segovia y Olancho, a la búsqueda del desaguadero de la Mar Dulce, o a la conquista de Chorotega y Nequepio, muy pocos regresaron, tal eran las penosas circunstancias y trabajos a los que iban condenados.

Los mismos cronistas españoles no dejaron de comentarla triste desventura de los indígenas. Pascual de Andagoya escribe sobre el caso lo siguiente:

«Y después no teniendo de que se aprovechar de la tierra, comienzan a hacer esclavos de los indios que se revelaban y apremiar a los señores que les diesen esclavos; y ellos por no ser maltratados,

²⁹ Ver la 'Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias', escrita por Bartolomé de Las Casas, en Nicaragua en los Cronistas de Indias. Serie 1. p. 9398, para ésta y siguientes citas del mismo cronista.

*hacían decir a su gente que lo eran no lo siendo, y éstos sacaron a vender a Panamá y al Perú muy grande cantidad, y estas dos cosas fueron causa para que aquella tierra quedase muy despoblada de los naturales».*³⁰

No menos trágico fue el destino de aquellos indígenas capturados en las "entradas", verdaderas incursiones vandálicas realizadas por los conquistadores para tomar esclavos y someterlos a servidumbre o venta, una vez agotado el recurso humano que tenían a mano. Los pleitos entre los mismos españoles para asegurar el servicio de los indígenas "encomendados" llena muchos tramos en los archivos coloniales, donde aparecen repetidas disputas y reclamos por la posesión de los infortunados.

ABUSOS Y CRUELDADES CON LOS PACIFICADOS

Terminadas las guerras de conquista y no teniendo más pretexto para conseguir esclavos, se inventó la llamada "pacificación". Los españoles marchaban a "pacificar" (léase castigar) a los pueblos que les ofrecían resistencia. Uno de esos actos ocurrió en 1531, cuando Hernando de Soto fue enviado a "pacificar" la península de Cosigüina e islas del golfo Fonseca. En su regreso triunfal trajo a varios caciques en cadenas y a multitud de sus súbditos listos a enfrentar el hierro candente con que solían marcar el rostro de los esclavos. De su venta, el famoso conquistador y sus amigos sacaron pingües ganancias. De este aventurero, tan celebrado por sus hazañas en el Perú, comentaba después Oviedo:

"Instruido en la escuda de Pedrarias de Avila, en la disipación y asolación de los indios de Castilla del Oro, graduado en las muertes de los naturales de Nicaragua y canonizado en el Perú, segund la orden de los Pizarras; y de todos esos infernales pasos librado y ydo a España cargado de oro, ni soltero ni casado, supo ni pudo reposar sin volver a las Indias a verter sangre humana, no contento de la vertida..."

Tristemente célebre por sus crueldades fue aquel otro capitán de Pedrarias llamado Martín Estete. Cuando hacía "entradas" para engrosar las filas de sus expediciones con indios capturados, mandaba a acuchillar aquellos que se resistían y encadenar a los que podían escapar. En cierta ocasión ordenó a uno de sus subalternos decapitar a un indígena desfallecido, para no tomarse la molestia de abrir el collar de hierro que lo sujetaba a la larga cadena donde venían engastados los otros desdichados compañeros. Como favorito del gobernador, se le había confiado el hierro para marcar esclavos, el cual se guardaba en Granada

³⁰ Ver Andagoya, en Nicaragua y los Cronistas de Indias. Ídem. p. 47.

en una caja bajo tres llaves, según parece para evitar que cada capitán marcara a su antojo los indígenas que necesitaba como esclavos.

Diego López de Salcedo, que se arrogó para sí la gobernación de Nicaragua en 1527, arribó con un séquito de 300 esclavos que había capturado en las inmediaciones de Trujillo para resarcirse, con la venta de los indios, de las deudas que tenía contraídas en La Española. Entró a León cargado en andas por sus esclavos, después de poner fuego a varios pueblos que encontró a su paso, en represalia por el asalto perpetrado por los indios de los alrededores contra el pueblo minero de Villa Hermosa.

Su sucesor en la gobernación, Pedrarias, no se quedó atrás. Durante la gran sequía de 1528-1529 arrebató todo el maíz a los indígenas, "[...] por lo cual murieron de hambre más de veinte o treinta mil ánimas, e acaesció mujer matar a su hijo para comello de hambre", afirma Bartolomé de las Casas. El mismo fraile **agrega que aquel nefasto gobernador ordenaba "entradas" y encadenaba a** cuantos caían en la redada para cargarlos con tres arrobas de fardos a cuestras, "[...1 y acaesció vez, de muchas que ésto hizo que de cuatro mil indios no volvieron seis vivos a sus casas, que todos los dejaban muertos por los caminos".

Muy conocida fue la venganza que tomó Pedrarias contra 18 caciques de un lugar, al otro lado de la sierra volcánica, donde unos indios habían matado a sus crueles encomenderos y, según Oviedo, hasta se los comieron con todo y caballos. Pedrarias ordenó la captura de los caciques. A manera de circo romano montado en la plaza de León, los mandó a "perrear". El cronista fue testigo de la inapelable sentencia del gobernador:

«En un martes, á diez é seys días de junio de aquel año (1528), en la plaza de León, los justiziaron desta manera: que le daban al indio un palo que tuviesse en la mano, é dezíanle con la lengua ó intérpetre que se defendiesse de los perros é los matasse el a palos... É quando á el le pareszia que los tenía vencidos con su palo, soltaban un perro ó dos de los lebreles é alanos diestros, que presto daban con el indio en tierra, é cargaban los demás e lo desollaban é destripaban é comían del lo que querían. É desta manera los mataron á todos diez e ocho malhechores, los quales eran del valle de Olocoton e de su comarcas.»³¹

Bajo el gobierno de Pedrarias, y en desacato a las instrucciones que recibía de España, se inició la venta de esclavos herrados a Panamá y Perú, en escala

³¹ Oviedo y Pedrarias eran enemigos. El cronista denunció los atropellos de Pedrarias cuando éste era gobernador de Castilla del Oro y en cierto modo contribuyó a su remoción. Luego cuando Pedrarias desplazó en la gobernación de Nicaragua a López de Salcedo, y lo encarceló en León, le tocó a Oviedo negociar la libertad de López que era su pariente político, pero al no soportar la tiranía de Pedrarias, el cronista tuvo que abandonar Nicaragua poco después.

comercial. El puerto de La Posesión (El Realejo), se convirtió en astillero floreciente. Se construían barcos sólo para cargarlos de esclavos con destino a esos países y llenar las bolsas de los encomenderos de Nicaragua. Hasta el mismo conquistador de Guatemala, Pedro de Alvarado, se sirvió de los barcos y esclavos de La Posesión para lanzar una frustrada expedición de enriquecimiento a las promisorias tierras de los Incas. En los primeros años a partir de 1530, miles de indígenas fueron sacados de Nicaragua para nunca regresar; muchos de ellos morían por suerte a bordo, de hambre, hacinamiento o enfermedades, antes de alcanzar el Perú, donde seguramente les esperaban más crueldades, o alguna otra muerte ignominiosa que les estaba reservada.

El deceso del nonagenario Pedrarias, ocurrido en marzo de 1531, no terminó con la tragedia. Sus sucesores: primero Castañeda, y luego su yerno Rodrigo de Contreras, no resistieron la tentación de lucrarse con el negocio de la venta de los indios. Francisco Sánchez, escribano de Granada, envió al rey de España una carta donde, entre, otras cosas, se lamentaba de lo siguiente:

«[...] que de todas las gentes que digo son sacadas es muy grande número asy para panamá como para el piró, no tenemos oy aver de veynte partes de las sacadas vna biva syno muertos todos de hanbre y sed y otros grandes trabajos que pasaron fuera de su naturaleza y acontecido salir desta governación un sólo navío en que llevaba de quatrocientos yndios para arriba y antes de ser acabado el viaje no quedar los cinquenta...»³²

Para entonces, según el mismo declarante, una flota de 20 navíos viajaba sin descanso a Panamá y Perú con su carga de esclavos procedentes de Nicaragua.

A MANERA DE EPITAFIO

Cuenta Fernández de Oviedo que en el mes de febrero de 1529 apareció un brillante cometa en el cielo de León, apuntando al horizonte como una línea luminosa bien marcada. Conociendo el carácter supersticioso de los indígenas, el cronista los interrogó sobre el posible significado de aquella inesperada aparición:

"Decían los sabios e más ancianos dellos que se avían de morir los indios en caminos, e que aquella señal era camino, que significaba su muerte dellos caminando. Y podrianlos muy bien decir o adivinar, porque los chripstianos los cargaban e mataban, sirviéndose dellos como de bestias, acarreando e llevando a cuestras de unas partes a otras todo lo que les mandaban'.

³² Ver la carta de Francisco Sánchez al Rey de España, en DHN. Tomo III. p. 408-409.

Y no hubo que esperar mucho tiempo para que aquel fatídico pronóstico se cumpliera.

Poco después se decía—y no con mucho arrepentimiento— que si un cristiano español tuviese que ir de León o Granada hacia las minas de Segovia y Olancho, no erraría su camino, pues sólo bastaba seguir el rastro por los huesos de los indios muertos. ■